



IHARA SAIKAKU
Vida de una mujer amorosa



«Por poco que se piense, qué difícil es abandonar la vida», le dice con dolor y resignación una vieja mujer, recluida en una ermita, a dos jóvenes que buscan su consejo para entender los misterios del amor. Corrompida por el tiempo inmisericorde, aquél que según la narradora extingue todo excepto los nombres, la mujer recuerda los miles de lechos que compartió, el sinfín de corazones que encendió y cuenta, sin ahorrar detalle alguno, cómo su vida sucumbió desde que su cuerpo era como el retoño más hermoso de la flor del cerezo, hasta los círculos más siniestros de las que comercian con su cuerpo.

Víctima de su propia virtud, nuestra protagonista entiende desde muy joven que su cuerpo puede ser un vehículo para vivir (cuán cuesta abajo el vehículo podría rodar, no lo habría de entender sino hasta muy tarde). Obligada a dejar su casa para saldar una deuda contraída por su padre, verá desfilar ante sus ojos la inmensa codicia de los hombres y padecerá en cuerpo y alma el descenso desde la más alta estirpe de las cortesanas hasta el inframundo de su profesión. Si como sugieren algunos en nuestro tiempo, lo que cuenta en la vida es acumular experiencias, estamos entonces ante una de las vidas más ricas que se puedan imaginar. Una viajera incansable que se disfrazará de hombre para deleitar a los monjes en un monasterio, entrenará a un gato para que le arranque la falsa cabellera a la señora de una de las casas a las que sirvió, consumirá la vida de hombres enteros por no dejarlos descansar un solo momento por las noches y verá cómo sus días se agotan cuando ni el camuflaje de la noche le consigue a un joven despistado que quiera amenizar su velada.

La novela funciona lo mismo como una *road novel* que como una punzante crítica que descubre la doble moral en la que estaban afincadas gran parte de las «buenas maneras»

japonesas. Saikaku hace transitar a su protagonista por todas las esferas sociales del Japón del período Edo. *Vida de una mujer amorosa* es junto con *La historia de Genji* uno de los relatos más hermosos de la literatura japonesa anteriores al célebre período Meiji.

Libro I

Visitaremos a una mujer en el lugar de su retiro; ella nos hablará de las mujeres más galantes del mundo. Cuanto más la escuchemos, más atractiva nos parecerá su historia.

¿En qué lugar, si no en la capital, hay mujeres de hermosura tan imponente como la montaña Jigashi cuando florecen los cerezos en ella? Para quien ha visto a las cortesanas de Shimabara,^[1] observando cómo destacan entre mil, y ha gastado doscientos ryos^[2] en alguna de ellas, ni las hojas de maple, ni la luna y ni las mujeres de su tierra, cuentan ya más en lo sucesivo.

Inventario

1. EL REFUGIO DE UNA ANCIANA

Visitaremos el refugio de una anciana, de quien se habla mucho en la capital. Al escuchar el relato de su pasado, coincidiremos en que desperdició totalmente su vida. No obstante, aunque su frívola existencia concluyó ya en este mundo percedero, el maravilloso encanto de su belleza aún se conserva.

2. EL PLACER DE LA DANZA

¿Quién es aquella dulce muchacha que se asoma apenas entre las cortinas en el momento que florecen los primeros cerezos, en Kidyomizu?^[3] ¿Cuáles son sus orígenes, quiénes sus padres? ¿Aquella? ¿No la conoce? Es una chica del barrio de Gion, que ahora mismo puede ser suya.

3. LA ENCANTADORA CONCUBINA DEL SEÑOR

No se trataba de una concubina para treinta días solamente. En nuestras plegarias suplicábamos para que la unión de la hija de aquel hombre de bien no fuera efímera; pero al alcanzar la edad del deseo, en eso se convirtió.

4. LA HERMOSA PROSTITUTA

Las Tayu^[4] de exquisitas maneras de Shimabara son mujeres escogidas entre las más bellas. Algunas se muestran esquivas con los clientes. Al explicar sus pensamientos desnudos, la vida de las Tayu puede revelar secretos sorprendentes.



1

El refugio de una anciana

Los antiguos decían: una mujer hermosa destroza la vida como un hacha. Cuando al caer la tarde, el ser de la flor y el del árbol se marchitan, ya no queda más que madera y hojas secas para la hoguera, y nada se escapa a la quema. Aunque la tormenta de la juventud se produzca prematuramente, ¿no resulta estúpida la muerte del joven que se ha hundido en la senda de la voluptuosidad?

Todo comenzó el día del Hombre.^[5] Había función en Saga, al oeste de la ciudad. Era primavera. A orillas del río Mumetsu las flores movían sus labios; fue en ese momento cuando un hermoso joven apareció. Su aspecto, que evidenciaba los estragos del amor, y el color mortecino de su semblante, no dejaba lugar a dudas sobre su destino: en breve tendría que legar a sus padres todas sus posesiones.

Súbitamente, aquel joven, vuelto hacia su acompañante, dijo: «Si se me permite decirlo, mi deseo sería transcurrir con tanta celeridad como la corriente de ese río, el Keisuita».^[6] A lo que su interlocutor rápidamente añadió: «Y yo iría a un país sin mujeres. Allí podría vivir pacíficamente y disfrutar una existencia agradable mientras el mundo gira».

La vida de esos dos jóvenes iba a prolongarse durante un número de años diferente; tenían, además, opiniones diversas sobre la vida y la muerte. Sin embargo, en aquel momento estaban absortos en sus palabras y en alimentar sus

sueños, miasmas que emergen y se desvanecen con prontitud. Así, continuaron avanzando junto a la orilla del río, abriéndose camino, implacables, entre los brotes de cardo y los arbustos. De esta forma se apartaron de la compañía humana en dirección a las montañas del norte. Presa de la curiosidad, los seguí hasta un pinar escondido en las montañas. En aquel lugar había un seto poco denso de trébol marchito y una vieja puerta de bambú socavada por la senda que había excavado un perro bajo el umbral.

En un rincón de aquel retiro vi una silenciosa habitación cuyo alero era sólo parte de una cueva de piedra natural cubierta de hiedra marchita del otoño anterior y hierba. Más allá de los sauces se escuchaba el sonido de las cañerías del agua que se usa para la purificación. «Veamos qué sacerdote budista vive aquí», me dije. Para mi sorpresa, descubrí que era el hogar de una dama de nobles facciones. Su cabello ralo era blanco como la nieve, sus ojos débiles como el claro de luna. Sus ropas, pasadas de moda, eran de seda color azul cielo, con un estampado de una doble columna de crisantemos y lunares blancos. Atado por delante, el obi de su aristocrático kimono era de una anchura media, con un dibujo de castañas. Aquel atuendo parecía inmune al paso de los años. En lo que parecía ser su dormitorio, colgaba una descolorida tablilla de madera con el siguiente lema: «Una choza humilde para la voluptuosidad». Un aroma rancio a un incienso llamado «El Origen de la Música», del que ya había oído hablar, persistía de tal forma en aquel sitio que ya formaba parte de él. Maravillados mi corazón y mi ser, deseaban entrar volando por la ventana. Me encontraba mirándola con mucha atención, cuando los jóvenes a los que había estado siguiendo, entraron en el recibidor sin anunciarse, como si frecuentaran el lugar.

La anciana, riendo entre dientes, les dijo: «¿Otra vez aquí? Este valle de lágrimas seguramente está lleno de lugares que visitar y en los que curiosear. ¿Por qué el viento

los trae de vuelta a un sitio tan decadente, donde los oídos echan de menos escuchar otras voces humanas y los labios conversar? Hace siete años, cuando la sociedad se me hizo intolerable, me recliné aquí, donde el cerezo en flor anuncia la primavera y los cementerios cubiertos de nieve, el invierno. Y donde es raro que pase mi tiempo con otra gente, e incluso que me cruce con otras personas».

Al oír sus palabras, uno de los enamorados a los que acababa de censurar contestó:

«Hasta el momento, ni mi compañero ni yo hemos podido entender el amor, por eso hemos recorrido este camino, para encontrar a quien, desde la antigüedad, se atribuye la experiencia que podría ayudarnos». Mientras pronunciaba estas palabras, el joven le ofreció una taza dorada y redonda llena de sake, al tiempo que agitaba un pedazo de hoja de bambú. La anciana la aceptó y no pudo evitar seguir adelante. Durante algunos minutos cantó una canción para enamorados jugando con las cuerdas de su instrumento. Después, tal como exigía el momento, con un monólogo incoherente, como si hablara en sueños, refirió su historia.

Pues bien, dijo, no siempre he sido de condición humilde: mi madre no era noble, pero mi padre era hijo de un caballero que había estado en la corte, al servicio del señor Hanazono. Con el paso del tiempo, como a veces ocurre, la suya se convirtió en una familia venida a menos, y mi padre se limitó a sobrevivir llevando una existencia inútil. Yo era bella, por lo que empecé a servir como dama de honor de una señora de palacio. En pocas palabras: me aficioné, entonces, a la vida delicada.

Si los años posteriores se hubieran desarrollado como debían haberlo hecho... pero desde el verano de mi décimo primer año de vida, mi corazón no albergaba más que deseos frívolos. Perdí la cabeza, vivía en continua agitación, no le permitía a nadie arreglarme el cabello, sólo me guía-

ban mis caprichos. Mi excentricidad me hizo examinar los peinados del «mundo flotante».^[7] Finalmente, adopté un estilo shimada sin moño que permitía que mi cabello se deslizara suelto, por detrás; esto lo logré ocultando entre el pelo una cinta de papel. Durante aquella época me dedicaba por entero al teñido tal como se practicaba en la antigua corte imperial, y puedo afirmar que si esa costumbre se hizo después popular se debió a mi perseverancia de entonces.

Ahora bien, la vida en la corte imperial, ya fuera al cantar o al jugar a la pelota, estaba siempre relacionada con el amor. Y así se ponía de manifiesto a la hora de irse a la cama: entonces se escuchaba todo. Justo en ese momento se hacían patentes los deseos, las simpatías.

Me acostumbré, también, a recibir cartas de todas partes y de todo el mundo. Poco más tarde, cuando ya no pude esconderlas, le pedí a un discreto guardián que las convirtiera en humo. Sin embargo, las firmas estampadas en aquellas cartas no se borraron, pues los fragmentos que las contenían fueron arrastrados por el viento hacia Yoshida-Miyashiro.^[8]

Ahora pienso con nostalgia en lo extrañas que son las reglas del amor. Varios hombres apuestos se enamoraron de mí. No obstante, ninguno de mis amigos logró conmover mis sentimientos. Y en cambio, un mocoso de baja condición, que pertenecía a la casa de cierto noble y que debería haberme disgustado, empleaba un estilo que, desde su primera carta, me habría empujado a sacrificar mi vida por él. Me escribía a menudo y quedé completamente seducida. Un buen día empecé a amarle y se acabó mi tranquilidad. A pesar de lo difícil que era organizar un encuentro, resolví entregarme a él. Y aunque me gané una reputación de mujer frívola, no era capaz de dejarlo.

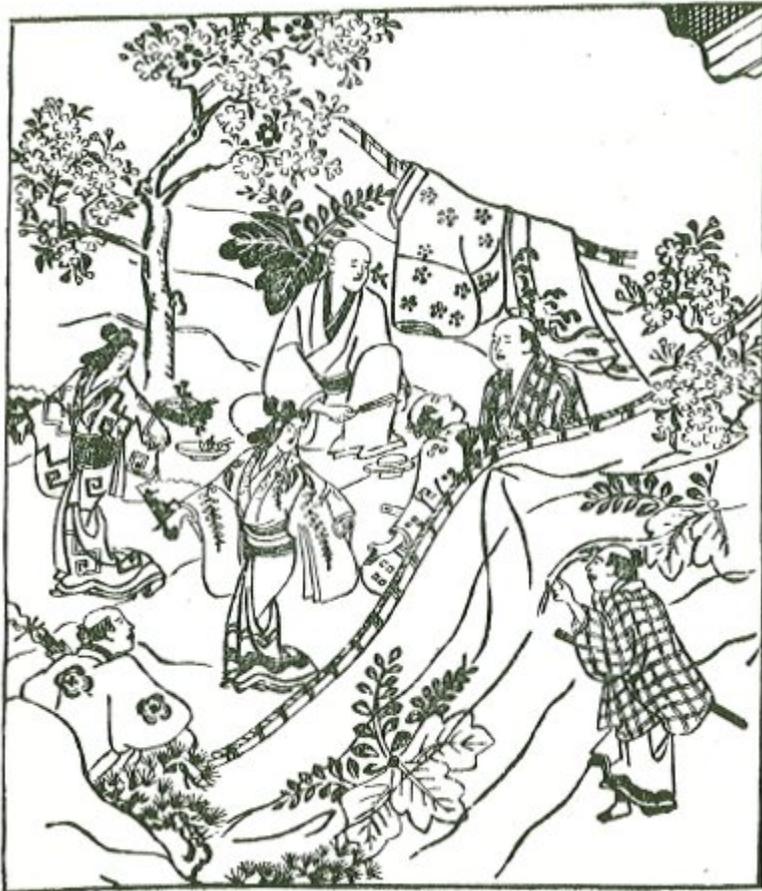
Finalmente, una mañana nos sorprendieron. Como castigo fui desterrada a Udyijashi.^[9] Me duele decir que mi

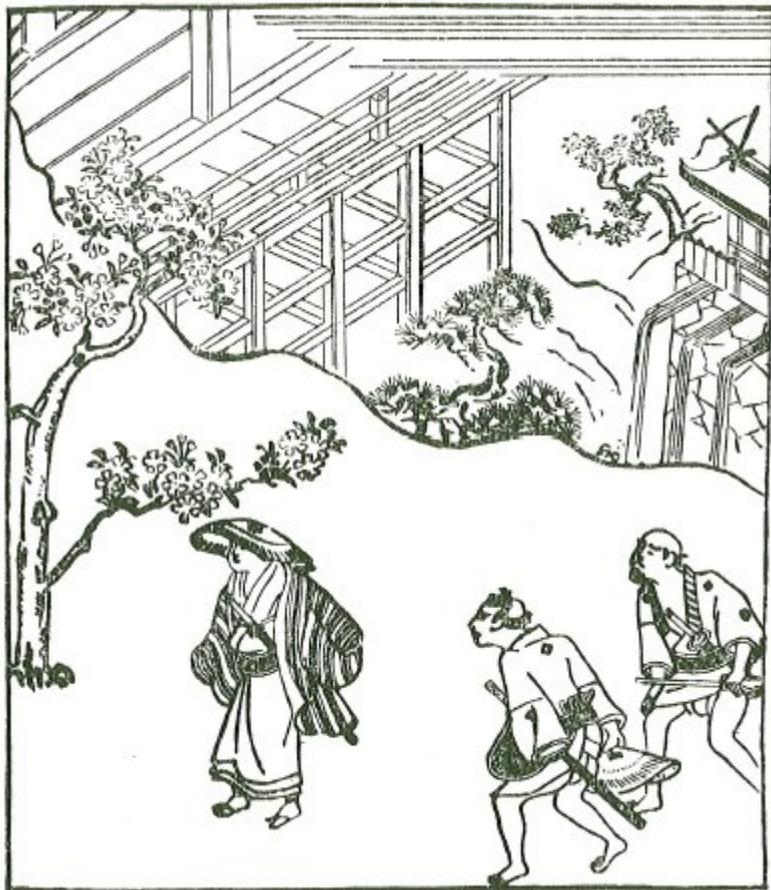
amante fue ejecutado. De esta forma, la aventura de aquel hombre culminó en la tumba.

Durante cuatro o cinco días, cuando me iba a dormir él se me aparecía. No puedo decir cuántas veces se manifestó, ni si se trataba de alucinaciones u ocurría en realidad. En lo más profundo de mi corazón llegué a pensar que era mejor quitarme la vida. Pero, pasados algunos días, lo olvidé por completo. ¡Cuán voluble es el corazón de las mujeres! La gente disculpaba mis acciones, pues difícilmente podían creer que una persona de apenas trece años pudiera llegar tan lejos.

En aquellos tiempos, abandonar a los padres para contraer nupcias era un acontecimiento triste. Las jóvenes actuales son más inteligentes. Se impacientan e irritan hasta que el intermediario matrimonial^[10] aparece, y en cuanto ven su palanquín suben a él, con el regocijo pintado hasta en la punta de la nariz. Hace poco más de cuarenta años, las cosas eran diferentes. Las jóvenes de dieciocho y diecinueve años aún jugaban con sus caballitos de madera, mientras los muchachos esperaban hasta los veinticinco para celebrar su mayoría de edad. ¡Cómo ha cambiado el mundo!

Yo también he cambiado. Mis sentimientos, como el botón de una rosa amarilla arrastrado por la corriente, siguieron sus impulsos hasta que mi espíritu se corrompió. Por eso he vivido y persistido en mi memoria aquí, para purificarme.





2

El placer de la danza

Cierto hombre ilustre dijo que la parte alta y la parte baja de la ciudad son completamente distintas. Consideremos el baile de Komachi: a la hora en que el color de las flores y los brillantes teñidos de los vestidos dejan de distinguirse, las jóvenes bailan al ritmo de los tambores, con sus mangas flotantes al estilo aguemaki. Entonces la tranquilidad de la capital, hasta la frontera que marca la cuarta avenida, es maravillosa.

Pero apenas cruzado ese límite, en la ciudad baja sólo encontramos voces estridentes y ruido de pisadas. Ahora bien, tocar el tambor es un arte difícil que exige marcar adecuadamente el ritmo con una mano; quien lo logra puede ser considerado un hombre entre los hombres.

Durante la era Manji,^[11] en la provincia de Suruga, a orillas del río Abe, vivió un músico ciego llamado Shuraku. Cierta día, aquel hombre descendió a Edo, donde tocó en las mansiones para divertir a sus moradores. Se colocaba detrás de los mosquiteros y allí, a solas, ejecutaba a intervalos la música de las ocho partes.^[12]

Más tarde popularizó su arte llevándolo a la capital. Fue allí donde inventó un estilo de danza particularmente elegante, que enseñó a sus habitantes. Jóvenes mujeres de todo el mundo acudían para aprender a bailarlo, aunque no hay que confundirlas con las actrices del teatro popular. Es-